

Notas en torno de un supuesto arte joven

En *El tema de nuestro tiempo*, su libro último, ha hecho J. Ortega y Gasset unas apreciaciones sobre un supuesto arte joven, que por su interés y novedad no debemos dejar sin comentario. Sus ideas, al respecto, son éstas:

“Con una sorprendente coincidencia, la generación más reciente de todos los países occidentales produce un arte” — el arte joven — que “no se diferencia del tradicional tanto en sus objetos como en el cambio radical de actitud subjetiva ante el arte. El síntoma general del nuevo estilo que trasparece en todas sus multiformes manifestaciones consiste en que el arte ha sido desalojado de la zona “seria” de la vida, ha dejado de ser un centro de gravitación vital. El carácter semi-religioso, de elevado patetismo que desde hace dos siglos había adquirido el goce estético, ha sido extirpado íntegramente. El arte, en el sentir de la gente nueva, se convierte en filisteísmo, en no-arte, tan pronto como se le toma en serio. Serio es aquello por donde pasa el eje de nuestra existencia. Ahora bien, el arte es incapaz de soportar el peso de nuestra vida. Cuando lo intenta fracasa, perdiendo su gracia esencial. Si, por el contrario, desplazamos la ocupación estética y del centro de nuestra vida la transferimos a la periferia; si en vez de tomar en serio al arte lo tomamos como lo que es, como un entretenimiento, un juego, una diversión, la obra artística cobrará toda su encantadora reverberación.” (1).

A todo esto advertimos y objetamos:

No dice Ortega y Gasset, precisamente, cuál es ese “arte joven”, ni en qué sus creaciones *se distinguen* de las obras del

(1) Op. cit., p. 133-5.

arte tradicional. Porque, si su diferencia con éste no es tanto de objetos como de un “cambio radical de *actitud subjetiva* ante el arte”; no siendo artistas jóvenes nosotros, ni espectadores de esa actitud subjetiva en un artista joven; una vez producidas, exteriorizadas sus creaciones artísticas, ¿cómo *distinguiremos* éstas de las obras de los artistas tradicionales?

La diferencia — para Ortega y Gasset — entre el arte tradicional y el arte joven no está, pues, en sus *creaciones* sino en *el modo de producir las y de considerarlas*.

Pero, si una obra de arte es realmente *bella* ¿qué pierde o gana porque el artista la haya producido con toda *seriedad* (como el artista tradicional); o bien casi *jugando* (como el artista joven)? Y ¿en qué se altera, en cuanto obra de arte, porque los viejos la consideren una cosa muy “seria” de grave importancia; o porque los jóvenes la traten como algo “divertido”, sin mayor trascendencia?

Sin embargo, si Ortega y Gasset quiere darnos a entender que los viejos toman “en serio” al arte dándole un *valor conceptual*, o bien *útil* o *moral* — que no debe tener; — y que los jóvenes lo tratan como una “diversión” en el sentido de considerarlo como una *actividad especial* de su espíritu, la cual nada tiene que ver con la *lógica* ni con la *utilidad* o la *moralidad*... entonces Ortega y Gasset tiene razón.

Por otra parte, es exacto también que considerando el arte como cosa muy seria, como labor obligada, como “deber de cultura”, el artista tradicional queda propenso a producir, en vez de obras artísticas, de espontánea *intuición*, obras de *voluntad*, *útiles* o *morales*. Y al contrario, es cierto igualmente que al tratar el arte como un juego, como un “deporte” el artista joven está en situación de crear (si es artista de verdad) obras realmente *artísticas*.

Mas siempre será peligroso y equívoco decir que al arte hay que tomarlo “como un entretenimiento”, como “un juego”, como “una diversión”... Porque entendido esto rectamente, no es sólo tomar el arte como *juego* en el sentido *idealista*

apuntado por Kant y desarrollado por Schiller (1); sino ir mucho más lejos: considerarlo como *juego* en el sentido *práctico* estudiado por Groos (2). Y así lo considera, en efecto el filósofo español en cuanto atribuye la creación artística al “deporte”, es decir, a un “esfuerzo” lujoso, desinteresado, *el mismo* al cual se debe la “creación científica”, “el heroísmo político y moral, la santidad religiosa” (3).

Pero, ¿no habría en ésto un doble error?

En primer lugar, atribuyéndose el arte al “deporte”, a un “esfuerzo espontáneo” *genérico*, ¿no se nos priva acaso de todo criterio de distinción entre una obra de arte y otra que no lo es? Ante una “charada” y un “dibujo”, frutos ambos de un esfuerzo desinteresado, de un entretenimiento, de una diversión en horas de ocio, ¿cómo sabremos cuál es obra de arte y cuál no lo es? Mas si lo sabemos, *como que lo sabemos*; si hay una clara *distinción* entre una charada y un dibujo, quiere decir que ella es dada por *otra cosa*, característica de la obra de arte, que no es el mero esfuerzo deportivo que *la exterioriza*. No es, pues, el arte el simple producto de un juego, de una diversión, del deporte; sino de algo más — que no dice Ortega y Gasset — y que es el todo. (No es aquí el caso de hablar de la *actividad intuitiva*, de esa actividad *teórica* conocida como *fantasía*, que crea el arte y es cosa muy distinta de la *actividad práctica* que implica un *esfuerzo*, por muy “deportivo” que él sea).

En segundo lugar, ¿qué diferencia *esencial* hay entre un esfuerzo lujoso y un esfuerzo obligado, entre el “deporte” y el “trabajo”? Ninguna: porque, como dice Benedetto Croce, “el juego en sentido empírico, es un “variar de fatiga”; tanto que, toda fatiga puede volverse juego (resolver un problema

(1) Kant, en su “Crítica del juicio”. — Schiller en sus “Cartas sobre la educación estética del hombre”.

(2) Carlos Groos, en su obra “El goce estético”, según cita de Croce (en “Conversazioni critiche”, serie prima). — Eugenio D’Ors, en sus glosas sobre “El hombre que trabaja y que juega”, también parece atribuir el arte al juego, pero al juego en un sentido “entre idealista y empírico”.

(3) Op. cit., p. 137.

de matemática puede ser juego, lo mismo que partir leña, según el caso); y todo juego es una fatiga, o sea un trabajo, por frívolo que sea". Y, como agrega el mismo pensador, "en sentido exacto y filosófico, siendo la vida del espíritu un continuo *variar de fatigas*, toda la vida es juego (libre juego de fuerzas)"... (1).

Bien es cierto que lo que Ortega y Gasset deja traslucir no es tanto una diferencia esencial entre el trabajo y el deporte, como una diferencia de *comportamiento espiritual* en uno y otro, y por tanto, de *sus resultados*. Esto es, que siendo el "trabajo" un esfuerzo obligado, dirigido a un fin práctico, que a lo mejor *no nos agrada*, comúnmente ponemos *poco espíritu* en él y no lo realizamos bien, con lo cual la obra es mala o es mediocre. Y a la inversa, siendo el "deporte" un esfuerzo lujoso, libre, sin fin práctico determinado, empleado en algo que espontáneamente *nos atrae*, ponemos *mucho espíritu* en él y lo hacemos bien, siendo así el resultado óptimo, valioso. Y todo ésto es exacto en sentido relativo y empírico.

Pero filosóficamente no lo es. Porque no todo producto del trabajo es malo, ni todo fruto del deporte es valioso. Además, la *diferencia* de nuestro comportamiento espiritual en el trabajo y en el deporte es *allanable*, y cada hombre debe *allanarla* a su manera: haciendo que, por la *elección de su trabajo* o la *aplicación de su espíritu*, éste "juegue" espontánea y gozosamente tanto en el trabajo como en el deporte. Así, la aparente antinomia de la *necesidad* del trabajo y la *libertad* del espíritu (2), algunos hombres dignos — y muchos afortunados — la resuelven (y la tendencia de toda sociedad bien organizada es resolverla) haciendo que aquella necesidad *coincida* con esta libertad (3).

Hablar, pues, de un arte joven, fruto del deporte, no es hablar de un arte que se diferencie *sustancialmente* del arte

(1) "Conversazioni critiche", serie prima. Bari, 1918. Pág. 6.

(2) Sería ésta, bajo otra apariencia, la misma antinomia de "la virtud y la felicidad" enunciada por Kant.

(3) De esto mismo habla D'Ors en "Aprendizaje y heroísmo".

tradicional. Tanto más que el arte tradicional, en cuanto verdadero arte, nunca ha sido hijo del "trabajo", (del trabajo en el sentido que Ortega y Gasset le atribuye), sino de una *libre actividad* del espíritu.

Si el filósofo español nos hubiere mentado un *arte joven*, refiriéndose a un *arte rico* en *nuevas imágenes*, brotadas de *nuevas emociones* suscitadas por *nuevas cosas* de la *época nuestra*... nada tendríamos que objetar.

Finalmente, si el arte en su *momento puro*, surge de un libre "juego" (entiéndase *actividad*) de la facultad *intuitiva* del espíritu, su *exteriorización práctica* en las distintas artes no debe ser un juego, ni un entretenimiento, ni un deporte, sino una *labor seria* que el artista debe realizar con la mayor suma de *ética* o *moralidad*: Moralidad en el sentido de poner la mayor suma de *buena voluntad* en *exteriorizar ricas y puras intuiciones*; y no mezclas o productos extraños con la etiqueta de tales, cosa que sucede a menudo cuando la *pereza*, una *intención no artística*, o el simple "entretenimiento" entran "en juego".

En este sentido, contra lo que dice Ortega y Gasset, tiene razón Croce al expresar que *el artista debe considerar su arte "como una misión"*, ejercerlo "como un sacerdocio" (1).

M. Lizondo Borda

(1) "Nuovi saggi di estetica". Bari, 1920. Pág. 15.